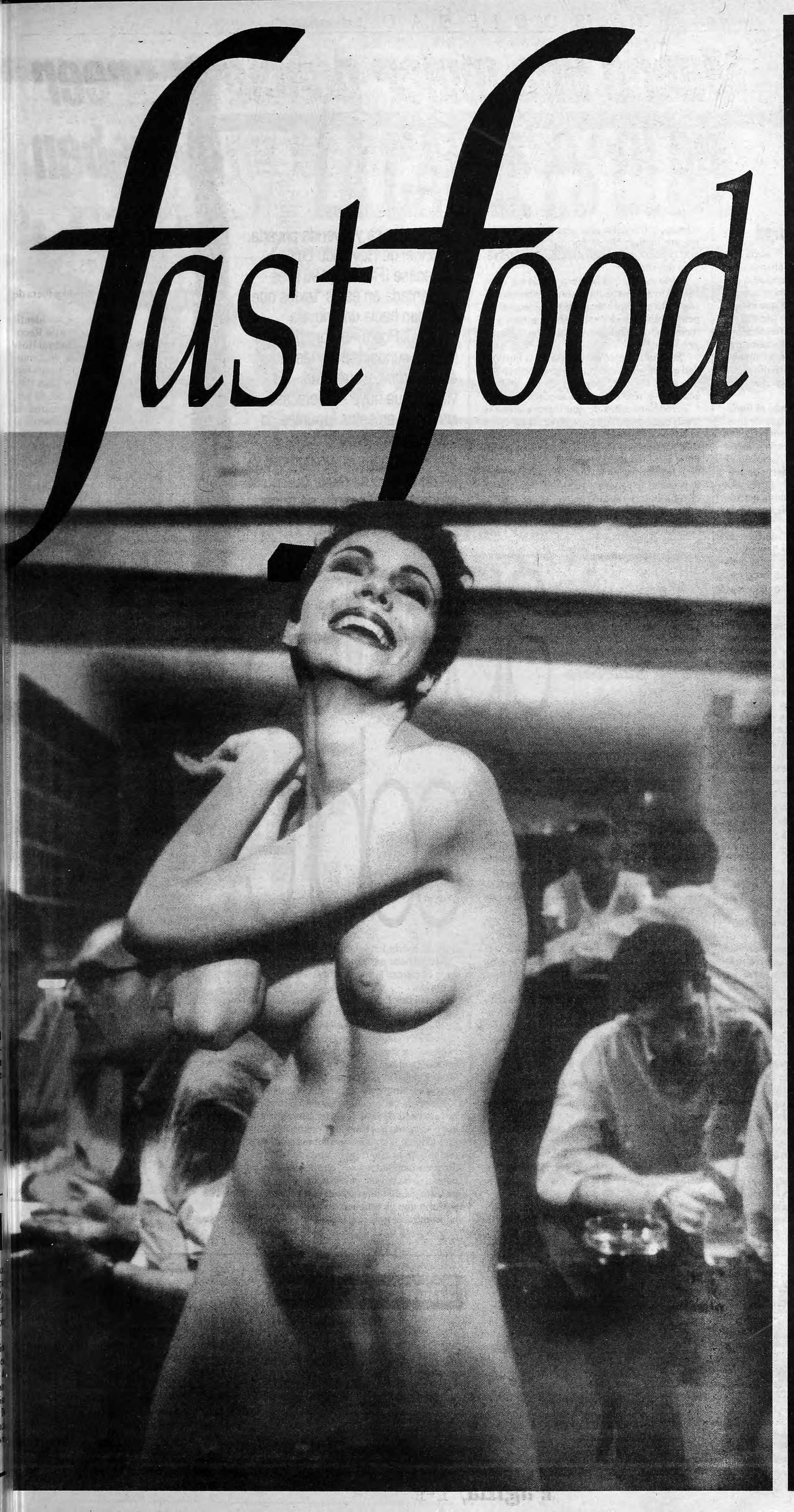
fast food



(*Por Rolando Graña*) Las vacaciones también tienen sus enigmas. Si hay tiempo, ¿a qué comer comida rápida? Una cosa es el *tupper* proveedor, los sandwich de milanesa o cocido y la mayonesa en sachet a último momento para no pagar lo que roban los puesteros y seguir haciendo vida de playa. Pero otra bien distinta es oblar para comer apurado cuando a uno le sobra el ocio.

Los grandes teóricos del *fast food* –que los hay– dicen que, para que sea tal, entre el pedido y el bocado listo no deben pasar más de tres minutos. También cuentan que en los tiempos pioneros hubo un dilema: cómo convencer a la gente de que el traslado proceloso de una fuente con una hamburguesa, una coca y una porción de fritas no era un trabajo que no tenían por qué hacer ellos, sino una *buena idea*, un ademán imperdible de la vida moderna.

Y así como uno ya se acostumbró a ahorrarle a McDonald's el sueldo de los mozos, en vacaciones acepta apurados panchos, ensaladas, choclos (brazilian way), rabas, cornalitos o algún otro marisco express frente al mar o a alguna peatonal, seguro de que está comiendo algo liviano, veraniego, cuando en realidad frente a la mayor parte de las porciones lo único que hace es sumarse a una cinta de mandíbulas que le van dejando las mesas libres a los que sacaron cuentas para mejorar, en tres meses, la rentabilidad de los corsarios.

Hay varios mundos que se fueron, uno de ellos es el de la calma frente a una mesa. A veces se logra al atardecer, en las playas, cuando se escucha la mejor música y el mar mejor destila su pulso.

Como restos de otras costumbres, dicen que todavía puede verse en la Rambla de Mar del Plata a sabios viejos que enfrentan 18 o 22 platitos. Lo de ellos nunca fue el *fast food*, claro. Apenas el método que dan los ocasos.

Mariel, San Mateo y el ángel

El tipo sonrió. Mariel estaba sentada con las piernas abiertas en la mesa junto a la ventana. No me molestó verla enderezarse como una gata arqueando los hombros primero y después la cadera, sólo para que el tipo supiera que ella se sabía mirada. Me distraje un segundo, los juegos de Mariel se repetían cada noche en que nos decidíamos a ponernos para adelante. Y todo terminaba igual. Perdía a Mariel hasta el otro día o terminábamos en la cama de alguna de sus amigas.

Me distraje sobre la copa viendo el líquido ámbar girar sobre su centro "pis de brujas", dijo Pablo cuando bajó la botella del anaquel. Después de la primera copa sólo los dos bebíamos entre el humo de Subcielo el boliche nuevo de Oscar, en el centro de Roma. "Un nombre de mierda", de la década decadente de otro continente", había definido Mariel en la ocurrencia más festejada de la noche.

Cerré los ojos, los domingos me falta el aire. Imaginé las manos del tipo bajando la tanga de Mariel con los pulgares debajo de la pollera negra ajustada, nunca lo suficiente como para impedir la operación. La escena no escandalizaría a nadie en un baño como el de Oscar.

Mojé los labios en el líquido viscoso, abrí los ojos y como en un juego Mariel había desaparecido. "Fue al baño", dijo Pablo. No respondí, la voz traicionera de David Byrne andaba suelta por el aire. Miré hacia la barra y Pedro levantó el disco para que cruzáramos gestos de complicidad con la cabeza.

Cuando Mariel hace el amor cierra los ojos, es difícil saber qué cosas pasan por su cabeza cuando otro cuerpo la parte en dos y le quita una mitad del protagonismo en el amor. Seguramente no ha querido besarlo. Se le rompieron las medias, pensará en voz alta "me gustaría un final de película pero me dejé los cigarrillos en la mesa". Se negará a volver a hacerlo, por más que él gire sus dedos dentro de su concha y el calor le trepe hasta el ombligo. Se negará a volver a verlo, le dirá "dejame ir".

"Locos de amor, esta ciudad se parece a Nueva York", murmura Pablo, que no puede creer que estemos en pie. Estamos bebiendo desde las seis de latarde y a las dos de la madrugada los dos nos sentimos felices. Ahora yo sirvo el licor italiano.

Pienso en la damita que vi esta mañana, inclinada sobre un Caravaggio recién construido por sus manos a fuerza de mancharse con tizones de colores. Grandes maestros de la pintura italiana a la tiza irreverente de una sudaca. Las veredas de la plaza España son testigos del fenómeno repetido. Una argentina de tetitas paradas, mal vestida con unas bermudas ridículas, vendiéndoles a los yanquis, japoneses y alemanes la tradición de las Madonaris Italianas: pintar en la calle lo ya pintado por los delirios místicos de los monstruos sagrados del arte europeo.

Mariel había ido por unas cervezas y yo no podía despegar la vista de su versión de "San Mateo y el Angel". Caravaggio no se sentiría halagado pero compartiría conmigo este deseo de besarla en plena calle. Juro que iba a hablarle, cuando el norteamericano con traductor incorporado le ofreció unos dólares, una copa, un trabajo por encargo y ella me sonrió, como lo hubiera hecho en Corrientes y Córdoba ante una flor y se esfumó sin hablar. No sé por qué lo hice pero con la punta del zapato desdibujé la cara severa del santo.

Pablo me tocó el hombro y abrí los ojos, Mariel avanzaba hacia nosotros entre las mesas y era un espectáculo impresionante. El pelo rubio ondeaba sobre sus hombros y la media luz del bar la proyectaba con una imagen irreal.

"Sólo una mujer me despierta la curiosidad que me produce Mariel –me confesó Pablo al oído– pero después de los mutuos abandonos sólo sería feliz asesinándola."

Brindamos antes de que lograra sentarse y asir desesperada su copa de cerveza. "¡Por nuestros defectos!", gritamos. Mientras la rubia después de besarnos a ambos en los labios, se sentaba a la mesa.

"Llegaste tarde" le dije sonriendo. Mariel le acarició la cabeza a Pablo, acercó su boca a mi oído y repitió tres veces "te amo".

Afuera en la plaza España la lluvia se ensañaba con la imagen del santo.

Hembra única y leyenda privada, la Mariel de Reynaldo Luis Sietecase (Rosario, 1961) es presentada en estos "textos que navegan hacia una novela posible". Poeta –el libro de culto "Cierta curiosidad por las tetas", entre otros–, y cuentista –"El viajero que huye"–, Sietecase consigue en estos "apuntes" la feliz conjunción de lo mejor de ambos mundos en un nombre y en un cuerpo de mujer que no se olvidan y, por lo tanto, se ponen por escrito.

apuntes sobre

por Reynaldo Sietecase



Los juegos de Mariel

Las angustias de Mariel se presentan en forma de pulsión. Pierde un contrato para cantar. Su bebé le impide viajar por la noche. No puede hacer el amor como soñó. La plata no le alcanza. La casa es muy chica. Su amante es una mierda. Cuando está excitada y apenas le tocan los pies y escapan. Entonces Mariel se refriega en las baldosas, Roma es un asco, una invitación al suicidio.

El exilio por convicción es una equivocación colectiva, tan enorme como la tozudez de los abuelos embarcando en Sicilia hacia la América desconocida y grandiosa. Vaya un clavel del aire para la nona Rosa, rubia como ella, perdida como ella.

El agujero en la panza, las arcadas inútiles y el ardor en las piernas se calman con alcohol y la libreta azul. Repite a Drumond, joya del cuarto año bachiller, justificación del secundario. "No te mates, hoy se besa, mañana no se besa, no te mates". Después juega al Dinosiario, su diccionario particular armado con las páginas sueltas que va arrancando de los diccionarios que encuentra por cualquier sitio.

Juega sola. "Colección y contradicción de los significados" o, como lo llama Vasco: "La anarquía comienza por los labios". Urga su tesoro de hojitas dentro del sobre papel madera y elige palabras apropiadas al deseo y la tristeza.

Mórbido: adj./relativo a la enfermedad/moralmente desequilibrado/malsano/literatura mórbida/blando, suave, delicado.

Mariel bebe un "gole", cierra los ojos y sacude la cabeza como un cubilete. Escribe en la libreta:

Morbidad: Puaj./relativo a la suavidad/moralmente delicado/blando, desequilibrado. Sus ojos se topan con *Traición* que viene después de *Tragicomedia* y *Trago*, aprovecha la excusa para llevar la boca a la pequeña copa robada en el bar El Cairo y expropiada a Pablo por aquello tan sabido del que roba a un ladrón es, simplemente, un mejor ladrón.

Menea la cabeza no se detiene esta vez, en la vaguedad de la definición compuesta por ese fragmento del Rámses Lengua Española, rapiñado en la mismísima Biblioteca Argentina "hasta la muerte y la santa federación y donjuanmanuelderosas", que descansa en paz en la tierrita amada en el suelito de los antepasados. Y ella aquí con el papa Juan Pablo y María que ya está berreando. Se recompone, cambia la hoja y escribe:



MARIEL

aicionar, adorar el sonido de los huesos. rne sedienta de navajas. La tragicome- el veneno a sorbos. Traicionar al país, a nigos, a la madre canosa, a los traidores. inar ilusiones, mediodías. Besar con im- d al esposo equivocado. Descubrir la an- d en una espalda. Deformar. Desvirtuar nsejos impuestos a los niños. Traicionar samiento, la palabra. Desautorizar al au- moral, los desayunos completos, los osi- felpa. Traicionar en silencio. Fallar. Elo- os errores. Chapalear en el barro, evitar fartos, la oficina. Traicionar la canción, nderita. Traicionar el traje, el tragaluz, los traductores. Trajinar la traición como una ruta desierta. Emitir el sonido gutural del engaño. Traicionar a mano suelta y a la vista. Traicionar a mares, hacia cada costado, pinchar los salvavidas, arrojar a los náufragos. Traicionar de noche. Traicionar en coche. Traicionar con training, sin rencor con alegría. Traicionar a sangre. Traicionar en trailer. Traicionar a todos como en un viejo thriller. Traicionar al sexo. La verdad profunda, traicionar al verbo.

El bebé llora con agudos increíbles. "Cantarás, seguro cantarás", le dice Mariel y entra a la ducha vestida.

Mariel y los cuadros

Mariel odiaba los cuadros de Buff. Esas tres pinturas enormes que atraían los ojos y la admiración de los visitantes. Tal vez encontraba infidelidad en esos colores que peleaban su lugar con el blanco grisado de las paredes y se defendían con éxito de las manchas de humedad. El Gardel de colores primarios que explotaba en la sala donde estaban la música y los libros. Luis había escrito para el programa de esa muestra, cuando Buff no era un fantasma ni Mariel una enredadera rubia:

"*Qué falta de respeto*. Le entramos al tango de costado, diferentes, con puñales de luces, sin bostezos. Habiendo arrimado el corazón estoicamente a la catarata creciente de su llanto. Diestros en esa gimnasia absurda de insultos y defenestraciones. Eso sí, expertos oidores desde cuando los viejos se movían acompasadamente 2x4, en el cuartito azul de la calle Corrientes, con los pubis pegados y el gato en la cornisa, tal vez, intuyéndonos. Mientras la música brotaba inmutable con ese sabor extraño a valijas listas y recuerdos. *Qué atropello a la razón*. Le entramos nuevos, con los ojos derramados sobre el gusano negro que se estira y encoje como el abrazo mezquino de este país lleno de barcos y de ausencia. (Mariel omite aquí una frase desafortunada de Luis, un lugar común producto de sus lecturas de la época de la dictadura). *Todo es igual*. Le entramos sin lengue ni gomina, arrimando al incendio inevitable de sus afirmaciones el fueguito honesto de nuestra contradicción permanente. *Nada es mejor*. Le entramos por un wing, a traición, como se debe. Con ansias de tanguear esto que somos, hurgando en el origen el futuro, la cálida llegada después de tanto viaje, las notas que dibujen el dolor, la alegría, el incierto itinerario del hombre innumerable". Todo esto sin ver los trabajos antes. 1988 año de desencuentros. Grandísimo mentiroso. Hombre de excesiva fe. Palabras para cogerse a las pintoras. Hijodeputa. Había amor, piensa.

El cuadro de la pieza es distinto. Buff ganó la bienal con ese traje empotrado en un marco. Una corbata finita y un bolsillo de donde salenbilletes y una cajita de fósforos Fragata. Esta pared es de Mariel, el cuadro-traje no se completa sin los ocho sombreros colocados en su entorno. Mil veces Mariel montó sobre Luis mirando el traje que ahora falta. Se sintió desnuda y triste.

El único cuadro que no lamenta es el ataúd. Se llamaba Monumento –dice Luis– pero Mariel sabía que era el ataúd de Luis. Un féretro gris con manijas plateadas. De noche la asustaba. Prefería su ausencia. En ese espacio colocó una pésima reproducción de un Van Gogh con amarillos tenues. Luis escribió "pintarás mi ataúd, pintarás mi ataúd, última burla". Una vez, le ató un globo de cumpleaños bonito y rojo y Luis se enojó. Prefería su ausencia. Pintura de mierda.

Mariel caminó un rato por la casa. Le dolía la panza. No entendía por qué lamentaba que los cuadros no estuviesen en su lugar. Era la pérdida y la liberación. Una estúpida muestra retrospectiva. Buff en Roma y las telas en un flete rumbo al puerto.

Se recompuso. Buscó nuevos sombreros para el dormitorio. Donde estaba el Gardel puso una chalina suya con colores rojos y azules como los del cuadro. De los flecos colgaba un cabello rubio.

Los cumpleaños de Mariel

Mariel cumple años. Llora, "cuando nací lloraba" repite cuando la interrogan sobre la facilidad de sus lágrimas. Cambia todas las luces del pequeño departamento por bombitas azules. "A los seis me oriné encima, tenía el vestido blanco nuevo, mamá gritaba". Recuerda, habla sola. Ahora tiene más edad y no se orina más seguido sólo para no limpiar. La casa vira al azul se pierde entre formas difusas y Mariel prende velas a sus actrices favoritas: Glenn Close, Evita, Carmen Maura penden de la biblioteca.

Bebe vino blanco chablis. No llama a nadie. Hace tortas de chocolate para los vecinos del séptimo, esos viejos jubilados que después no tienen cargo de conciencia cuando la denuncian en el consorcio por ruidos molestos. Estos días evita hacer el amor, nadie garantiza que no haya nuevos nacimientos. Exorciza el regreso de otros deseos que la muerte atrae a su orilla. ¿Cómo evitar que el mar arroje tanta suciedad? Su primo Abel la besó en los labios cuando festejó los 12 en el club. No le gustó, él era petiso y ni siquiera se animó a comentarlo con sus amigas.

Si recibe cartas ese día no las abre. Hace recorridos turísticos con el bebé, relee a César Fernández Moreno. Piensa que Luis la estará buscando. Compra una bolsa de lupines y se sienta a comerlos en un banco próximo a la estación Roma Rimini. A los 16, los compañeros del normal, después del Happy Birthday, se pararon a cantar la marchita peronista. Todos reían.

Vuelve a caminar, noviembre lo permite cuando no hay llovizna. En cualquier bar cambia al niño y arroja al inodoro los pañales de tela. Se hace preparar la mamadera por una gorda de lunar. Cena vino con tortilla de papas y espera. En la mesa del fondo dos jóvenes se castigan con tallarines. Evalúa desapasionadamente cuánto le deberían envidiar a la Argentina, estos tanos fanfarrones.

A los 19, Rosario era una fiesta, se cogía sin rencor, se leía con pasión, y podían aprenderse los caminos posibles. Soñaba ser feliz. Como un viejo ejercicio recorre el salón en busca de los ojos de algún hombre deseable. Alguien que no reconozca sus recientes 30, su corazón latiendo suave, sus ganas de dormir hasta la semana próxima.

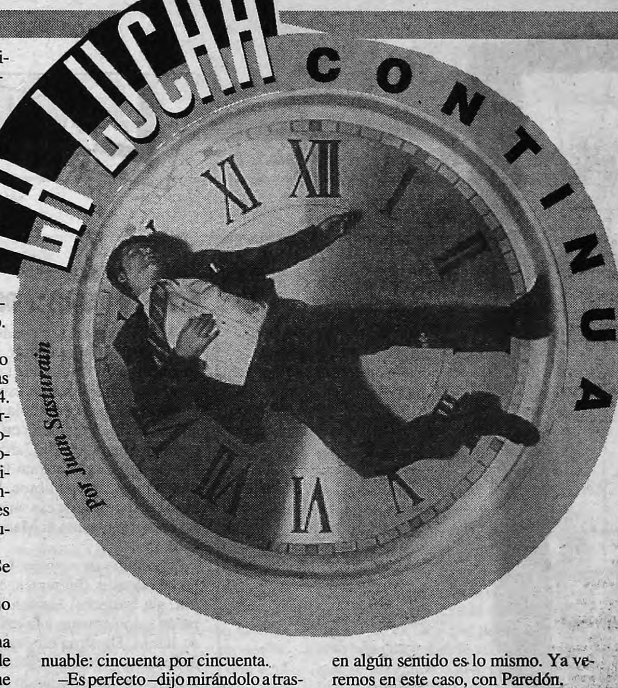
En sus 22, estuvo sola, ya era profesora y sin embargo se emborrachó y pasó la noche en el Hotel Tucumán, una pocilga infecta que los miembros del Círculo de la Plaza utilizaban de aguantadero en Baires y que ella había bautizado Sheraton *La Cueva*.

Desea que Luis esté aterido de frío en el umbral del edificio. Imagina a Pablo en medio de la nieve buscando un teléfono pinchado por las calles de la maldita Londres sólo para llamarla, tal vez, para decirle "te amo", viva ñuls, mocosa cagona, vení tengo vodka, mañana toca Chik Corea en el Camdem".

Es madrugada, necesita un coñac. Levanta al niño que duerme sobre una silla y sale a la noche en busca de su casa. Un moreno vendedor de pañuelos le toca el culo justo en la puerta del bar. Mariel alza su índice y lo coloca delante de la nariz del marroquí. "Feliz cumpleaños" le dice y sigue caminando.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Resumen: *El narrador, Pirovano, ex arquero que usa un guante izquierdo de guardavalla para ocultar un terminal electrónico, lleva una extraña doble vida aventurera. En la cúpula secreta de su edificio es Catcher, integrante de Magia; allí se comunica con Subjuntivo, su mentor. Pero Etchenique lo descubre y Catcher le explica los secretos de su vida y de la cúpula.*



19 POR ABAJO

Lo que se había formado sobre nuestras cabezas era algo así como el identikit interior de la ciudad. Sobre fondo negro, una cuadrícula verde, señalizada con coordenadas de números y letras, limitaba un complejo sistema de redes regulares y ramificaciones aparentemente arbitrarias de diferentes colores. Todo tenía su nombre, su detallada identificación, aunque a esa escala era apenas legible.

–Sé que es Buenos Aires, pero no son las calles –dijo Etchenique.

–No es la superficie sino el subsuelo –dije sentándome otra vez a la máquina–; todo lo que está bajo tierra.

–El sótano de la Guía Peuser.

–Eso es. Hay otro sistema de comunicación, subterráneo, que a veces coincide y a veces no con el otro.

Oprimí los botones pertinentes y aislé una zona: después obtuve la ampliación. Ahora sí se podía leer a simple vista.

El veterano se había subido a la silla y hacía maniobras con los anteojos para poder distinguir los detalles.

–Fui empleado municipal, en DAOM, durante muchos años, y sé de desagües, de redes cloacales, de cajas de luz: sin embargo, acá hay otras cosas... –y señalaba las líneas puntuadas que atravesaban el plano sin aparente orden ni concierto contrastadas con las definidas líneas de subte que estructuraban la figura como un esqueleto.

–Claro que hay otras cosas.

La aproximación me había llevado hasta las coordenadas suministradas por la máquina: Plano 49, sector E-4.

–Así, de cerca, parecen venas y arterias: incluso con el sistema nervioso superpuesto, hasta las terminaciones más finas... –observó Etchenique–. Las líneas punteadas, en cambio, son iguales a esas marcaciones que hacen los chinos para ponerte agujas y esas mierdas.

Sonreí: no podía evitar sonreír. Se dio cuenta:

–¿Estoy diciendo boludeces? –dijo el veterano.

Conseguí la aproximación máxima y fijé la imagen: accioné el botón de copiado y me volví hacia Etchenique mientras la máquina ronroneaba:

–Ninguna boludez. En el fondo la ciudad es como un cuerpo. Lo que tenemos ahí es el territorio interior donde se desarrollan las batallas que definen la salud y la enfermedad... Son metáforas simplistas y un pocomentirosas, pero hay infecciones, hay fiebres, hay glóbulos blancos... Hay zonas más débiles y expuestas...

–Ahí sale el plano –me advirtió el veterano.

Por una ranura estrecha que se abría todo a lo largo de la base de la máquina fue apareciendo, como una perfecta copia láser, el plano de la zona seleccionada. El mismo Etchenique lo recogió en sus manos. Grande y manuable: cincuenta por cincuenta.

–Es perfecto –dijo mirándolo a trasluz.

El plano estaba impreso de ambos lados: en una cara, la circulación subterránea; en la otra, el mapa convencional de superficie. Ambos esquemas coincidían hasta en los detalles menores. Dispersas aquí y allá, como bolitas que hubiesen rodado a su arbitrio hasta detenerse en cualquier parte, había circulitos negros con una letra E que provocaron la curiosidad de Etchenique:

–¿Y estos ositos qué indican?

–"E" de Emergencia.

–Para situaciones de peligro.

–No necesariamente: "Emergencia" en el sentido elemental de "emerger", de salir a la superficie. Aunque en algún sentido es lo mismo. Ya veremos en este caso, con Paredón.

Me disponía a operar el dispositivo de salida cuando noté cierta reticencia en la máquina: quería información actualizada sobre el intruso.

Me volví hacia él:

–Etchenique, la máquina lo debe saber: ¿se va o viene conmigo?

–Voy con vos –respondió sin vacilar: aunque en seguida tuvo sus dudas–: si hay que bajar tantas escaleras... Ya el hecho de salir de acá, con ese pasadizo angostito, es complicado para mí. Te voy a entorpecer el laburo.

–Tranquilo. No hay que bajar: ya estamos abajo.

–¿La cúpula...? –y miró a su alrededor como buscando un indicio en las paredes, en alguna parte, de que ya no estábamos en lo alto del edificio de la Avenida de Mayo sino en quién sabe qué subsuelo.

–Sí, la cúpula ha ido descendiendo, centímetro a centímetro en la última media hora... –le expliqué a él mientras le explicaba también a la máquina, como podía, las razones que me llevaban a aceptar un intruso, primero en la cúpula y después en la misión–. Se hace así para que el movimiento no pueda ser advertido por nadie del edificio y para que el holograma que la sustituye en el aire tenga tiempo de ajustarse.

–¿El holograma?

–La imagen virtual de la cúpula: en este momento, los únicos más asombrados que vos han de ser los pájaros del barrio. Las palomas no entienden nada...

Etchenique tanteó con el pie la abertura del suelo por la que había ingresado y comprobó con pequeñas pataditas que por ahí no:

–Cerrado como culo de muñeco.

–Hay otra salida –dije divertido–. Y parece que nos podemos ir.

Las pantallas generaron un cardumen de pequeñas flechitas multicolores que se movieron en bloque, como agitadas por una corriente marina hasta converger, fundidas, en una sola flecha amarilla que se movió nerviosa de pantalla en pantalla como buscando salida. Finalmente se clavó literalmente en el extremo derecho, titiló un instante y se apagó junto con todo el sistema.

–Vamos –dije–. Traé el mapa.

Me aproximé al segundo panel de la derecha, junto a la biblioteca, y coloqué el terminal en el hueco aparentemente inocente que separaba dos ladrillos expuestos.

Sentí el chicotazo, el suave calambre en los miembros, y la puerta se abrió. Le hice un gesto al veterano y salí.

Etchenique tropezó en el umbral.

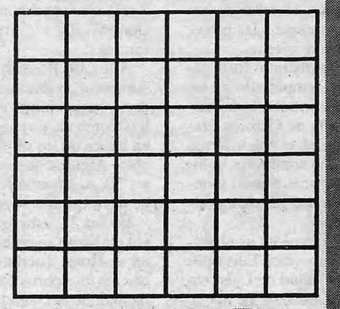
Mañana:
20. De emergencia

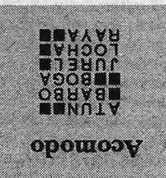
Juegos

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

ATUN
BARBO
BOGA
JUREL
LOCHA
RAYA





ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

PESAR	FURIA
MEDIR	CALMA



CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7
1	■						
2		■					
3					■		
4				■			
5			■				
6						■	
7							■

HORIZONTALES

1. Cama fija de un buque o tren.
2. Nunca.
3. Hijo de Isaac./ Artículo neutro.
4. Fogón./ Planta crucífera hortense.
5. Prefijo: separación./ Base.
6. Sufrimiento.
7. Pedazo de melocotón curado al sol.

VERTICALES

1. Sin ningún añadido o aditamento.
2. Gusto.
3. Ijada./ Forma de pronombre.
4. Letra griega./ Arbusto buxáceo.
5. Iniciales del pintor Manet./ Costoso.
6. Que tienen sus partes más separadas de lo normal.
7. Asolear, poner al sol.

■LITERA
P■JAMAS
ESAU■LO
LAR■COL
AB■BASA
DOLOR■R
OREJON■

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

250
59
32
16
7
3 5
2

